

El Congreso nos divierte

(Navarra Hoy)

Tal vez sea cierto que, para conservar el respeto a la política, conviene no conocer demasiado a los políticos. Cuando uno se entera de la ignorancia de algunos, de la codicia de bastantes, de la doblez de otros tantos, del torpe pragmatismo de casi todos..., no se siente animado a depositar mucha esperanza en los propósitos y actos de nuestros hombres públicos. Aun así, uno prefiere caer en la ingenuidad antes que en la desesperación y confiar en la política... pese a (y contra) los políticos.

Claro que para ello es preciso deshacer algunas falsedades o, si se prefiere, ciertas verdades a medias. No vale, por ejemplo, considerar la democracia como una simple técnica de gobierno basada en la regla de las mayorías. Ni tampoco tomar la política por eso a que suelen dedicarse tantos políticos. Ni mucho menos concluir entre hipócritas y resignados que tenemos los gobernantes que nos merecemos... De ser todo ello cierto, nada habría que reprochar al reciente Congreso de Unión del Pueblo Navarro, que es a donde vamos. Pues allí se congregaron los usos más mediocres de la política casera del momento, allí se mostraron sin rubor -dirigentes y militantes- sus respectivas vergüenzas. Incluso se diría que fue un Congreso planeado para ejemplificar con detalle cómo no ha de ser un partido y cómo minar la reputación de la política.

Véase, sobre todo, su penuria de ideología, doctrina o ideario político. Hace falta imaginación para llamar unidad ideológica a lo que es una común indigencia de pensamiento, a la vaciedad intelectual como toda ideología. ¿Se fijaron en la atención prestada a los discursos de sus líderes, en el nulo debate posterior entre el puñado de concurrentes, en la unanimidad final con que se aprobó la ponencia?. Penoso signo de los tiempos. Y es que un partido mayoritario de nuestros días, en la medida en que se dirige a una masa desideologizada, prescinde de ideología; en tanto que está sujeto a una cúpula de funcionarios, se somete disciplinariamente a sus consignas; y en cuanto

toca poder, disipa las posibles diferencias entre quienes lo disfrutaron. Sólo queda la lucha desnuda por el reparto interno del botín. Y así fue cómo las únicas discrepancias de este Congreso surgieron, no de sus diversas orientaciones políticas, sino de sus distintas camarillas de conspiradores.

En este caso, la ideología que nunca existió fue sustituida por la pasión de etiquetar. Sepamos entonces que en el seno de UPN se agrupan *renovadores* (¿pero desde cuándo el nacionalismo es una renovación?), *históricos* (¿porque están detenidos en la historia o porque, como le ocurre al necio, cualquier minucia biográfica se cree ya histórica?) y hasta *reaccionarios*. Este último rótulo, probablemente apropiado para todo el partido, tiene su gracia cuando se aplica a una sola de sus partes. ¿Cómo?. Si, además de sus inevitables alas progresista y moderada, un partido cuenta con sus propios reaccionarios, ¿no será acaso esta facción otro partido dentro del partido?. Quede la solución de este misterio trinitario para el próximo capítulo. ¿Y cuál es, en fin, la etiqueta que le conviene al grupo en su conjunto?. El Presidente de Gobierno, tan preciso como acostumbra, lo aclaró para siempre: es un partido *no conservador*. O sea, la teología negativa (la que define a Dios por lo que no es, y no por lo que es) hecha política.

Como era de esperar, las únicas estrellas invitadas a la fiesta -foralismo y nacionalismo- no venían preparadas y aparecieron en rulos. Una dijo que, como la Constitución nos reconocía la condición de nacionalidad histórica, éramos nacionalistas; que es aproximadamente lo mismo que asegurar que, como somos hombres, hemos aquí a todos hechos unos humanistas. La otra dijo lo de siempre, que no hará falta repetir. ¿Y qué?, ¿es que nos atreveremos a negar al nacionalismo y al foralismo su carácter de ideologías?. Lo son, *mea culpa*, lo son; pero tan chiquitas, tan mezquinas, tan mínimas... que casi no merecen ese nombre. Lo suyo es hablar a los sentimientos, no a la razón; exaltar la pertenencia al grupo, que no promover libremente a los individuos; y, sobre todo, celebrar un supuesto *ser*, pero sin la menor alusión al *quehacer* (como no se reduzca a preservar ese ser -foral o nacional- y a repetir sin

parar el principio de identidad). Así que ambas se afianzan en algo que no puede probar en serio su *porqué* (¿hecho diferencial?, ¿derechos históricos?) ni mucho menos ofrecer ningún *para qué*.

Pues, vamos a ver, ser navarro ¿es un atributo meramente territorial o ante todo político?. Foralismo y nacionalismo dirán a una que político (¡!). Y, además de ser lo que somos -navarros, ya sea por guardar fueros o por constituir una nación-, ¿podremos aspirar como ciudadanos a alguna otra cosa?, ¿nos fijaremos alguna meta colectiva hacia la que orientarnos?. Aquellas ideologías se callarán ahora como muertas y su silencio revelará lo pronto que se agota el discurso de la diferencia, de lo propio, de la personalidad. Diferencias supuestas aparte, en todo lo demás -o sea, en todo lo que importa- no hay diferencia. Foralista y nacionalista tienen que hablar como cualquier otro, porque nada singular tienen que decir. Aquella esencia foral o nacional no acaba de manifestarse en los fenómenos de la vivienda, hacienda, industria, educación y sanidad de los indígenas. Nuestra gloriosa historia pasada no parece iluminar demasiado los problemas del presente.

Es entonces cuando resplandece la ideología característica de la falta de ideas: un conservadurismo ramplón. Para probarlo, y puesto que del partido del gobierno se habla, oigamos a sus consejeros en este Congreso. El de Hacienda olvida que, según el último ejercicio fiscal, el trabajador medio de Navarra declara el doble de ingresos que su empresario medio; le obsesiona, en cambio, "el ejercicio libre y efectivo de la capacidad de hacer familia (*sic*)". El de Sanidad, transmutado como el anterior en consejero de Moral, defiende el derecho a la salud de todos los navarros "desde el momento de la concepción hasta la muerte natural"..., porque aquí hay mucho listo que muere de muerte artificial. Un tercero carga a la televisión con la responsabilidad de toda suerte de desaguisados. Y el de más allá, de nuevo revestido de moralista, tras proclamar que "progresismo no es promover conductas que subvierten valores permanentes", insiste en el respeto a la "libre iniciativa"..., sin duda porque éste es un valor más permanente que el derecho a la vivienda o al trabajo.

Lo que son las cosas, un teórico como Max Weber ya había pensado hace muchos años en políticos al estilo de los de Unión del Pueblo Navarro: "El pecado contra el Espíritu Santo de su profesión [la del político] comienza en el momento en que este ansia de poder deja de ser *positiva* , deja de estar exclusivamente al servicio de la 'causa' para convertirse en una pura embriaguez personal. En último término, no hay más que dos pecados mortales en el terreno de la política: la ausencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad (...). La vanidad, la necesidad de aparecer siempre que sea posible en primer plano, es lo que más lleva al político a cometer uno de estos dos pecados o los dos a la vez. Tanto más cuanto que el demagogo está obligado a tener en cuenta el 'efecto' (...). Su ausencia de finalidad objetiva le hace proclive a buscar la apariencia más brillante del poder en lugar del poder real; su falta de responsabilidad lo lleva a gozar del poder por el poder, sin tomar en cuenta su finalidad".

Y poco más adelante: "El simple 'político de poder', que también entre nosotros es objeto de un fervoroso culto, puede quizás actuar enérgicamente, pero de hecho actúa en el vacío y sin sentido alguno (...). Dicha actitud es producto de una mezquina y superficial indiferencia al *sentido* de la acción humana". Hasta terminar: "Lo que importa es que siempre ha de existir alguna fe. Cuando ésta falta, incluso los éxitos políticos aparentemente más sólidos... llevan sobre sí la maldición de la inanidad". ¿Quién podría mejorar este diagnóstico?.

